

# Tiempo al tiempo

Kuaker

Image not found.

# Capítulo 1

## Tiempo al Tiempo

### 1

Me subí al colectivo y la cosa se tornó algo confusa, por lo menos para mí. Un mensaje cambiaría mi destino y planeaba dejar a mi amiga a mitad de camino.

-En serio no pasa nada sino te acompaño hasta tu casa. ¿Estas segura? ¿Vas a llegar bien? – dije.

-Si.

-¿En serio no?

-Si –dijo ella mientras sonreía. – Vos quedate tranquilo no es la primera vez que llego sola y reventada a casa.

Ella tenía razón. Claro, el bueno de Lautaro que se comportaba como un caballero. El término reventada me hizo sonreír pero no la veía muy bien, no estaba en sus cabales, giraba sus ojos como un lavarropas y se tambaleaba de un lado para el otro.

Veníamos del cumpleaños de German y habíamos tomado mucho alcohol. German giraba las cervezas de un lado para el otro y era muy difícil dejarlas pasar. La habíamos pasado bien brindando y recordando viejas anécdotas. German era un viejo amigo del secundario y con Violeta (amiga de German) nos hicimos amigos cuando me entere que vivía a dos cuadras de casa, yo adoraba mi barrio y Violeta también.

-¿Dónde estamos? –dijo Violeta - ¿Falta mucho?

-Recién estamos por Coghlan.

-Hu, es un desastre este colectivo.

El 71 daba muchas vueltas, doblaba por las calles internas de los barrios y recorría las entrañas de Buenos Aires, era lindo el paseo si fuese de día un domingo por la tarde, sin embargo no estábamos de humor para soportar tremenda travesía. El ambiente no acompañaba con nuestro estado, si en ese momento aparecía un genio y me ofrecía un deseo no pensaría un segundo en cambiarlo por estar durmiendo en la dulce cama del fondo de mi departamento.

-¿ya llegamos? – dijo Violeta abriendo un ojo.

-No todavía, falta.

-¡Putá madre! Che... ¿Acaso el chofer no se cansa de cantar? ¡Miralo!

El chofer entonaba un poco de cumbia que sonaba en la radio, estaba desquiciado. Por cada sacudida que daba el colectivo cuando pasaba por pequeñas lomas de burro decía: —ESAAA!-

-¡Por favor que no salte más! - decía Violeta con cara de angustiada.

De pronto me vibró el pantalón, busqué en mi bolsillo y miré el celular. - ¿vas a venir? hasta las cuatro te espero - recibido. La noticia me pegó como una trompada en la sien. María. ¿Qué hacía despierta?

- No sé si pueda llegar a las cuatro. – enviado.

-Hasta las cuatro sigo despierta-

Miré reloj. Era las tres y cuarenta y ocho de la mañana. Calculé como pude el tiempo y me di cuenta que era imposible que llegue a esa hora.

-Ok, estoy yendo para allá. - enviado - Llego en 15'. – la dulce mentira que lo puede todo.

-Ya estamos cerca, ¿no? – dijo Violeta.

-Si- claro que no.

El celular vibró de nuevo y miré la pantalla que resplandecía en cuatro partes idénticas.

-Dale. Esperame en Formosa y José María Moreno.

Miré a Violeta y entendí que hacía rato que estaba hablando y yo le decía a todo que sí.

Llegamos a la avenida Corrientes. Pasamos la plaza Los Andes, las vías, la estación de servicio. Pensé en unos segundos en seguir de largo y cancelar el encuentro, estaba derrotado, mi cuerpo decía que no a todo pero algo dentro de mi pecho hablaba por sí mismo; y en conjunto con la cabeza decidí que si me bajaba en Scalabrini Ortiz y Corrientes era una buena oportunidad para llegar a destino.

-¿Me estas escuchando Lautá? ¿Cómo puede ser no? Es una injusticia... no

puede ser así... ¿a vos que te parece? Lautaa... Lautaa ¿Qué decis eh?

-No... - Miré su cara, no tenía la menor idea de lo que estaba hablando pero conteste. - No dejes que nadie te lastime Viole.

-Tenes razón, - dijo Viole - Tenés mucha razón... ¿Sabes una cosa?

- Mirá Violeta me tengo que bajar acá. ¿Vas a estar bien? -¿quieres plata para el taxi?

-No quedate tranquilo, yo llego seguro. ¿Acá te bajas?

-Si, tengo que hacer algo.

Ella sonrió y supo que algo raro tramaba - Bueno... anda...Vayas a donde vayas pasala bien

-Si, eso creo, supongo...

Toqué el timbre y me baje del 71. Estaba en el lugar donde quería estar, donde mi pecho lo indicaba y donde los nervios latían de una manera demencial, estaba en Corrientes y Scalabrini Ortiz y paré un taxi. Me sentía desorientado y ansioso. Abrí la puerta y el tachero me paró en seco.

-¿Vas muy lejos pibe? Este es el último viaje que hago.

-Caballito

-Decime la dirección.

-José María Moreno y Formosa - Mis palabras salieron expulsadas de mi boca como un vomito.

-Subite que te llevo.

El tipo manejaba de una forma brusca. Era como estar en una maldita montaña rusa. Volanteó un par de veces y le gritó a otros conductores. - ¿y el guiño? - decía -¿y el guiño? Pone el guiño si vas a doblar hijo de puta. Era un demente que amaba su trabajo, realmente disfrutaba del descontrol, la velocidad y la calle.

-Estoy apurado, no te importa... ¿no?

-No, claro que no - dije. Miré la hora, eran las cuatro y diez.

-La noche está a pleno, ¿no pibe?

-Si. – Mi panza era una fiesta. – Me estoy yendo a un bar.

-Ah, una minusa.

-Si, algo así. – dije.

-Pero en esas calles no hay nada, lo más cerca que tenes para ir a tomarte algo es en Directorio.

-Yo voy a una cuadra de Alberdi, ahí hay algo. - estaba seguro que había un refugio.

-Estas equivocado pibe, igual yo te dejo ahí– dijo el chofer y rió mientras se dio vuelta para verme la cara - La cuestión es ponerla.

Yo no pensaba en ponerla. Pensaba otra cosa. Pensaba en aclarar las cosas con la muchacha en cuestion. Asi era.Estaba yendo para el bar. Podía imaginar la situación y el lugar: Un lugar oscuro y cálido, con luces bajas como las que tienen las mesas de poker .Algunas personas tomando sus cervezas. Quebrados. Discutiendo de sus vidas y lo miserables que se sentían. Nosotros también, sentados, yo sonriendo como un campeón. Podía ser la gloria, una dulce charla con María. Aclararíamos todo y veríamos que pasaría con nosotros. Yo estaba para decir verdades, que mejor momento que esa noche.

Llegamos. El chofer me dejó en la esquina.

-Son 23 pesos.

Le di 25 – quedese con el cambio, - no quería perder el tiempo con el vuelto, estaba medio nervioso y me bajé.

Busqué mi celular y mensajeé.

Ya llegué.- enviado.

Miré la hora que indicaba el celular. Era tarde: las cuatro y veinte. Miré a mis alrededores, la ciudad estaba a oscuras. La noche se cerraba y me hundía en un vacío negro y profundo como una laguna de petróleo ¿Dónde estaba ese maldito lugar?

Prendí un cigarro y esperé unos minutos, el taxista tenía razón.

Estoy yendo a buscarte. – recibido.

Prendí otro cigarro, solo quedaba fumar y esperar.

Cuando levanté la cabeza por ahí a lo lejos la vi venir. Caminaba de una manera singular, como lo recordaba. Con ese paso apurado y dando zancos, su pelo se movía de un lado para el otro. Llegó a la esquina de enfrente. Un mar de autos nos separaba. La contemplé por un momento largo y espeso. Esta mujer tenía con que paralizarme. Sus ojos resplandecían a los lejos como luces de neon.

Me hizo una seña con la cabeza para que cruzara. Espere a que cortara el semáforo y cruce.

Era ella. Solamente ella. ¿Dónde estaban los demás? De seguro me llevaría al bar y beberíamos un par de cervezas. ¿Dónde quedaba el bar?

-Hola.

-Hola - dijo ella, estaba algo perdida. – Vamos, hace frío.

Y fuimos.

Miré a María detenidamente. Llevaba puesto un busito negro y una joggineta gris. ¿Acaso te dejaban pasar así a los bares? La joggineta se le caía y el busito estaba medio percutido. Un bar de mala muerte, eso es, me encantan esos lugares.

Giró su cabeza y me clavó la mirada.

De pronto me vino esa nostalgia del pasado.

Una brisa insípida. Algo que te abrazaba en el medio de la oscuridad hasta devorarte. Aborrecía cada segundo que transcurría porque me llevaba a lo desconocido y detestaba eso, pero allí estaba, borracho, confundido y con ganas de seguir tomando.

Caminamos por Formosa. La calle estaba oscura. La cuadra estaba repleta de casas, nunca había visto tantas casas unas al lado de otras. El bar, de seguro, quedaría más adentro, ella sabía de eso, ya tenía todo planeado, sabe donde están los mejores lugares para ir a tomar.

-¿Estamos yendo bien pregunté?

- Si.- dijo ella.

Continuamos caminando hasta que llegamos a Bauchef y doblamos hacia la derecha.

-¿Cómo estas? -dije mientras prendía un cigarrillo.

-Bien.

No había mucho dialogo, todo se mantenía en misterio. Caminamos un poco más hasta que cruzamos a la vereda de enfrente y paramos en la puerta de una casa. Se dio la vuelta y me miró. Entremos dijo. Le miré los ojos. Los tenía de color violeta. Una mezcla de rojo y azules tempaño.

Entramos.

Subimos unas escaleras hasta el primer piso. Estaba todo oscuro. No era difícil subir los escalones pero tropecé en un par. Llegamos a la puerta de su departamento y dijo.- Esta es mi casa.

-Permiso. - y pase.

La casa era pulcra de buenas a primeras. Parecía todo muy ordenado. Blanco por aquí, blanco por allá y más blanco, todo muy llamativo para mi.

Lo primero que vi fue una tele enorme, buena compra pensé. La tele estaba conectada a una computadora portátil, me acerqué para mirarla mejor. Había una reproducción en pausa.

-Estaba viendo una serie en Cuevana, ahora la saco. Quiero escuchar un poco de música.

-Bueno, esta es mi casa ¿te gusta?

-Me parece muy linda.- realmente era linda. Relucía y brillaba.

-Sentate acá que ahora vuelvo. - dijo mientras trataba de prender un cigarrillo.

En la mesa reposaba un cenicero y unas servilletas descartables. En el comedor estaba la tele y frente a ella un sillón de color verde con las formas de muchos cuerpos, estaba muy usado. Entre el sillón y la tele había dos cajones de manzanas parados verticalmente que sostenían una tabla de madera. Encima de eso había un cenicero con muchas tucas y dos botellas de vino vacías.

-¿Qué quieres tomar?- dijo María. - Tengo cerveza y fernet-

-Cerveza por favor- quería darle continuidad al asunto que había empezado horas atrás.

-Una cerveza será entonces, yo me voy a preparar un fernet.

Se fue a la cocina, volvió y apoyó una lata de cerveza en la mesa y ella con su fernet en las manos empezó a balbucear, después se calló de golpe.

Nos sentamos cada uno en las sillas y nos quedamos en silencio por unos segundos.

La situación era un poco tensa. Empecé a tomar. No sabía que hacer.

-Voy a poner un poco de música. – dijo.

María buscó entre unos cds que tenía en una biblioteca del comedor, llegaba hasta el techo. Agarró un cd de blues, MuddyWaters, lo descubrí por la tapa. Era música de la buena, música dulce que solíamos escuchar. Abrió la compactera del equipo y le mando el cd, era bestial. La cerveza bajaba muy rápido y yo necesitaba otra. Aplasté la lata de cerveza contra la mesa y la dejé hecha un apoya vasos.

-¿Te traigo una más?

-Si por favor.

Se fue a la cocina, volvió y apoyó la lata de cerveza contra la mesa, era una genia con ese movimiento.

María se prendió un cigarro después de andar dando vuelta con el que había sacado del paquete desde que entramos al departamento.

El silencio nos convirtió en piedra una vez más. Nos miramos. Nos decíamos cosas a través de los ojos. No podía dejar de mirarla. Sus ojos estaban caídos. No eran los mismos que había conocido años atrás. Estaban rojos llenos de sangre.

-¿te sentís bien? – dijo ella.

-Si, perfecto. – era claro que no, el alcohol me podía en varios momentos pero sabía como manejarlo.

-Bueno.

La música hablaba por nosotros. Era como estar en el funeral de un desconocido. Sin saber que decir y a quien pedirle perdón, pero perdón ¿Por qué? Si nadie había muerto.

Estaba incómodo. Después de tanto tiempo sin verla estar en la casa de María me producía una sensación de desapego. De malestar o más bien de



no pertenecer, de indiferencia total. Me sentía arrinconado, muerto de miedo por no saber a que se debía todo esto.

Miré el techo y el piso, estaba limpio, un poco más de lo mismo. Buscaba en las paredes la respuesta a no se que pregunta. Retomé mi trago y me di cuenta que María lo había logrado. Estaba viviendo sola. Sus reglas, su casa, sus tiempos, sus vicios.

Me volví hacia ella y allí estaba, esperando como un animal a que yo hiciera un movimiento en falso. ¿Qué te pasa María?

Entonces María se prendió una tuca y empezó a hablar.

-Decime algo.

-¿Qué te puedo decir? - ¿Estar en ese lugar?, no lo creía, me costaba. ¿Era todo tan fácil? - Estoy tranqui, recién vengo del cumpleaños de German, la pasé muy bien—

-German... German! Ah isí! German, ¿Cómo esta él? - Ella se acordaba, la muy memoriosa se acordaba, aunque lo haya visto solo un par de veces en la vida sabía quien era, de quien se trataba. - El chico de Saavedra ¿no?

-Si.

-Viste como me acuerdo. - dijo mientras tomaba su fernet.

-Si, ese mismo. - fumé una pitada larga.

-¿Y como anda?

-Bien. Como siempre. Se mudo y vive solo.

-Ah que bueno.

-Vah, vive con su hermano.

-No importa, está re bien. - fumó una seca larga y terminó apagándola en el cenicero.

-Si, debe estar bueno.

-Si, está re bueno. - dijo ella.

Reflexioné en ese momento que la conversación entre un borracho y una fumada no podía llegar a ningún lado. Miré el cenicero, la cantidad de

muertos aumentaba con cada oración que vomitábamos.

Levante la cabeza. María posaba la vista sobre mis ojos, tenía esa mirada rojiza y penetrante carente de fin que atravesaba el tiempo y el espacio como una lanza cegadora de almas. Me acordé que en nuestra época de novios le decía "María ojos de tiempo" porque le cambiaban con el clima.

-Voy a traer la compu. - dijo mientras se levantaba.

Apoyo la computadora sobre la mesa e hizo un par de cosas con ella.

Esta cerveza me tiene que durar un siglo pensaba mientras tragaba como si fuera lo último sobre el planeta tierra.

-¿Sabes una cosa? Estuve mirando nuestras fotos...

-¿Cuáles? - Me había desconcertado con ese comentario.

-Las que nos sacamos cuando estábamos de novio.

-Ah. - Esas fotos.

María entro en la galería de fotos y empezó reproducirlas. Sin duda eran fotos nuestras que yo había borrado de mi cabeza. -Creí que ya no existían en ningún lado. -No tenían nada malo pero tampoco nada bueno. No esperaba verlas en ese momento ni aunque adivinase el futuro.

-Estuve mirándolas toda la semana - dijo mientras se daba vuelta para mirarme.

¿Toda la semana? Prendi un cigarrillo dejándole bien en claro que me importaba muy poco. ¿Qué te pasaba María? Esa mirada triste abría un nuevo vacío que solamente podía llenar con un poco más de cerveza.

-¿Tenes otra? - pregunté mientras levantaba la lata de cerveza.

-Si, ahora busco una. Mirá esta foto tuya sacando la lengua. ¿Te acordas cuando fuimos de carpa al parque nacional?

- Creo que si. - Me acordaba perfectamente y pensar en eso me producía náuseas. - Esa noche tuvimos un poco de miedo porque había "algo" afuera. Yo te decía que eran niños pequeños y que en cualquier momento podían apoyar sus manitos en nuestra carpa. Tenías mucho miedo.

-¿Yo? -Ella señaló su pecho con el dedo índice- Yo te decía que era un animal perdido, un cerdito. Vos te morías de miedo. -

-Jamás. – dije mientras apagaba el cigarrillo en el cementerio que tenía arriba de la mesa, y por supuesto ella tenía razón.

-Cuanto fumas eh! Vas como cinco.

-Si, los cigariillos vienen a mi, no puedo frenar su voluntad. –

Lo dejamos ahí. María siguió mirando las fotos pegada a la computadora. Yo reclamé mi cerveza y mi pedido fue escuchado.

-¿Cuántas tenes? – dije.

-Muchas. Yo me voy a preparar otro fernet.

Yo no entendía todo eso, o por lo menos lo único que entendía era que me revolvió la cabeza. ¿Por qué mirar las fotos? María se estaba hundiendo y me estaba llevando hasta el fondo.

-Me aburrí de esta música, voy a poner otra cosa, como que está decayendo la noche ¿no?

Miré el reloj que tenía en la biblioteca, eran las cinco menos diez pasadas. Buen timing para la cerveza.

Revolvió un poco más en la biblioteca y me mostró un cd, no pude ver bien la tapa pero supe a donde iba todo esto.

Led zeppelin – BBC Sessions, era un camino de ida.

La música sonaba fuerte pero ningún vecino se quejaba. Tome un trago largo y apoyé la lata de cerveza contra la mesa. María seguía con la notebook. Me levanté y me fui al baño. Tenía un largo pis que hacer. Levanté la tapa del inodoro y estaba tan limpio como las paredes. ¿Acaso esta mujer vive en su casa?

Volví a la mesa.

-Esta cerveza no tiene más – dije. - ¿me puedo agarrar otra?

-Si. – dijo mientras seguía con la pc.

Me fui hasta la cocina, abrí la heladera y saqué una lata. Tenía para un batallón.

Volví a la mesa nuevamente repasando mi vista en la pc, María seguía mirando esas malditas fotos.

-Mirá como salimos acá.

-hey, ya me las conozco, no hace falta que me las sigas mostrando.

Me miró un buen rato con ojos de perro vencido y sacó las fotos de nuestra vista. Robert plant agitaba los parlantes con sus gritos y Jimmy Page los acompañaba en Black Dog.

-Frenemos un poco esto, me esta volviendo loca LedZeppelin.

-Okey, es tu casa.

Se fue al equipo lo puso en pausa y volvió a la pc.

-Quiero escuchar Johnny Cash, quiero que escuches este tema.

Johnny estaba cantando "Man in black"

-Escuchas... - dijo María. - Este tipo entiende.

Algo tenía de cierto, había sabiduría en sus palabras y en las de Jonhny, algo.

De golpe me sentí arruinado y la cerveza me pegó como una patada en el medio del esternón. Quería escaparme de ese lugar, morir y no resucitar. Al carajo con todo esto.

Pero no pude hacerlo. Me quedé sentado. La canción se me hizo eterna pero la escuché entera mirando en la pantalla como Johnny Cash me la cantaba en cámara lenta y María balbuceaba sus estrofas. Era un chicle duro de masticar.

-Se acabo. Ahora miremos este. -dijo y puse uno de Queen – I wantto break Free.

Nada tenía sentido. Me ocupé de terminar mi lata de cerveza y mis cigarrillos.

¿Qué tenía que ver todo esto con nosotros?

Pasaron unos minutos y todo continuaba igual. Vi terminar el video de Freddy y la pantalla de la pc quedo en negro sin imagen.

-No tengo más cigarrillos, a vos te quedan. -Miré el cenicero, era una montaña de muertos en plena batalla.

-No, no tengo más. ¿Vamos a comprar?

María se levantó y miré su joggineta gris. Estaba caída y aparecía por arriba de su cintura una tanga de color rojo del mismo color intenso que sus ojos.

-Che, ¿no vas tener frío? - le dije.

-Si, tenes razón. Me voy abrigar.

Se puso una campera y salimos a la calle.

-¿A dónde queda el kiosko más cercano? - mis piernas pesaban una tonelada cada una.

-No hay ninguno abierto - y siguió caminando.

-Y ¿entonces? - dije.

-¿Qué?

-¿A dónde estamos yendo?

- Ah perdón. A la Estación de servicio, queda a dos cuadras. - de pronto agregó un comentario -¿Te acordas de cuando tuvimos que caminar esas cuadras en la costanera?

-¿Qué? - dije y pensé.

-En la costanera.

-Ah si.

-¿no te acordas no?

-si que me acuerdo. - trataba pero no podía.

-que bien que la pasamos ahí.

-¿En donde? ¿En la costanera?

-No te hagas el boludo. - dijo María y me paró en seco.

La miré furtivamente a la cara y noté que estaba hablando muy en serio. Hice un gran esfuerzo para volver a ese momento.

-si... ya me acuerdo... en los bancos. - un milagro había ocurrido y era el

elegido, había pasado mucho tiempo pero lo recordaba.

- Ah, menos mal que te acordaste.

-Si, tenías unas ganas de coger.

-¿Qué?

-eh – dije.

-¿Qué me estas diciendo? – dijo.

-Que esa noche te habías quedado con unas ganas de coger... - no era muy buen momento para decir verdades.

-Ojo con lo que decis eh.-

-Eh, pará... no dije nada malo. Teníamos los dos ganas de coger. - dije mientras me rascaba la nuca. - Te acordas cuando volvíamos caminando que, encima, había un auto estacionado y había una pareja cogiendo y vos dijiste "que ganas de estar haciendo eso que hacen esos dos".

-Yo jamás dije eso.

-Si, si, que lo dijiste. Vos porque no te acordas de nada. La mujer tenía puesto unos tacos y tenía las patas para arriba y el tipo le daba bomba como un mono rabioso.

-Si, me acuerdo, pero yo no dije eso. Te estas equivocando y muy feo. - María me mostraba los dientes con actitud amenazante. Yo estaba seguro que si llegaba al fondo de la historia todo se podía revertir, pero estaba muy equivocado.

-Sos un zarpado. – dijo y empezó a caminar.

-Esperá, no te vayas, ¿A dónde vas?

- A comprar cigarrillos.

-Pero vení, María...

María empezó a alejarse y yo continué hablando mientras la seguía a un costado.

-Dejame en paz .No te acordas de nada vos. – dijo.

-Si que me acuerdo... Me acuerdo que estábamos en los bancos de la costanera... era la costanera sur... me acuerdo que me dijiste que nunca

habías ido ahí, que no la conocías...

María giró su cara y me mordió con sus ojos.

-Ves...

Pero siguió caminando.

-Esa fue nuestra segunda salida María. No fuiste la única que quedó caliente... María... María...

María comenzó a caminar más rápido y llegó a la estación de servicio de la esquina de Alberdi y José María Moreno. Abrió la puerta, se dio media vuelta y esperó a que entrara. No estaba todo tan perdido.

## 2

Delante de nosotros un mostrador repleto de golosinas y un vendedor con cara de feliz cumpleaños se alzaba como la puesta en escena de un teatro.

-si... díganme que quieren... - el tipo estaba masticando algo de costado.

El vendedor esperó un poco, nos miró y volvió a repetir lo mismo. María miraba fijamente el estante de los cigarrillos y luego el de las golosinas. El vendedor esperó unos segundos más y atendió una pareja que estaba atrás nuestro, después nos volvió a preguntar.

-Chicos, ¿en que los puedo ayudar?

-Lucky strike ¿tenes?- dijo María.

-¿de veinte?

-Si y quiero también estos chocolates.

-¿algo más? -

-Si, yo quiero un lucky de veinte también - dije.

Pagamos.

-Chau, pásenla bien. - dijo el vendedor que había hecha una lectura muy fina de todo lo que estaba pasando. De María enojada hasta el intento

reprimido de pegarme y yo de querer solucionar algo que no tenía solución. La verdad nos hará libre era mi lema, nada podía contra eso.

Nos fuimos en silencio. María caminaba apurada y de repente se frenó.

-¿Vos de lo único que te acordas es de que yo quería coger? - dio vuelta su cabeza y quedamos de frente nariz a nariz.

-Uopaaa! No hagas eso nunca más.

-¿Qué cosa?

-“Poner el freno de mano” de esa manera-

-No me cambies de tema... - dijo. - ¿te acordás o no?

-No... pero decir que la pasamos muy bien me remontó a eso.

- Sos feo. - dijo, no había peor insulto que ese. Lo mastiqué pero tragarlo era como tragar un ladrillo, sin embargo no pude contenerme en devolver el raquetazo.

- Perdoname, pero la que quería coger eras vos o mejor dicho la que no quería coger eras vos, porque yo te dije que podíamos ir a un lugar mas oscuro que conocía por ahí. ¿Quién me dejó meterte los dedos? Eh?

-Yo... Pero eso no quería decir que quería coger. No quería coger ahí entre los yuyos.

La palabra yuyos me hizo reír. María estaba desesperada.

-Ves... ahí está. -

-Pero eso no es lo importante. -dijo - ¿de que te reís?

-De la palabra yuyos.

-Sos un tonto.

La vieja costanera traía sus recuerdos: los besos de María. Los besos de María eran sueños cumplidos, elevaciones al cielo... la simpleza de lo absoluto resumido en la boca de una mujer.... La caricia del alma... la dulce digestión y el dormir placentero... era imposible olvidarse de sus besos, nada más íntimo que los besos. Los besos eran sublimes, difíciles de olvidar. Me acordaba de lo tibia que tenía la boca y ahora la miraba diciendo....“sos feo, sos un tonto” era todo repulsivo. Años atrás las cosas eran distintas... eran los años que nunca más volverían y que ahora se



raspaban con el filo oxidado de esta charla putrefacta y sin sentido.

Continué con mi silencio y seguimos caminando. Volvimos a su departamento.

### 3

Nos prendimos un cigarrillo cada uno. María estaba cansada. Lo ví en sus ojos. Se acordó de la computadora y puso nuevamente música. La noche estaba perdida y con eso amaneciendo. Odiaba el amanecer. El tiempo estaba totalmente licuado, no iba a llegar a ninguna parte y no iba a sacar nada en limpio.

Desde un primer momento no sabía por que estaba ahí. ¿Qué respuesta pretendía conseguir si desconocía la pregunta?

María puso unos videos de los Doors, buena música. Otro recuerdo más traído al presente. Una vez me había dicho que si llegamos a cortar, si escuchaba una canción de los Doors se iba a acordar siempre de mi. Ese comentario estaba en mi cabeza y yo estaba ahí y María estaba dando cabezadas. Se estaba quedando dormida en la silla. Sacó un cigarrillo y sin querer tiró el vaso de fernet sobre unos papeles que tenía en la mesa. No le importó. Los miré. Eran apuntes de la facultad. Fui por un repasador a la cocina y volví para limpiar el desastre. Pase el trapo por toda la mesa y aproveche para vaciar el cenicero en el tacho de la basura.

Volví al comedor y vi a María que dormía en la silla con un cigarrillo prendido en su mano derecha. ¿Qué está pasando acá?

Me fui a buscar el cenicero que estaba en el tablón sobre los cajones de manzanas y lo vacié en el tacho de la cocina. Acomodé los apuntes a un costado de la mesa y traté de secarlos con el trapo, no tenían arreglo. Miré a María una vez, ella tampoco tenía arreglo. Le saqué el cigarrillo de sus dedos y me levanté.

-María, María – le toqué el brazo. - Me voy.

-¿A dónde te vas?

-Me voy, ya es tarde.

-¿Tarde? Pero si es temprano.

-Son la cinco y veinte.

-Por eso, es temprano, recién está amaneciendo. – dijo.

-Me tengo que ir. Abrime por favor.

María se levantó. El cuerpo le pesaba.

-Ahí te abro.

Se abrigó, buscó sus llaves y salimos por la puerta.

Bajamos.

Frenamos en la puerta de calle. Ella se quedó en el escalón de su casa planteando una altura más elevada, y yo en la vereda.

La saludé y nos despedimos. Le di un abrazo y ella lo recibió con gusto.

-Hasta la próxima.

-Si, hasta la próxima. – me abrazó bien fuerte como a un peluche.

Le di un beso en la mejilla y me acerqué aún más. Ella respondió de buena manera. Busqué su boca y le di un beso en la comisura de sus labios. Ella hizo lo mismo. Entonces nos dimos un buen beso y nuestras lenguas se enroscaron. Nos prendimos el uno al otro como sanguijuelas. Estuvimos un largo rato parados en la puerta de su casa mientras amanecía rápidamente.

Me separé por un momento y la miré. Sus ojos estaban abiertos y tenían vida. Eran un túnel de luz clara. El final estaba más adelante, quería atravesarlo. Volvimos a los besos y nos dimos uno bien largo, uno más y después otro más.

María sacó las llaves de su bolsillo y me hizo seña para que pase. Subimos las escaleras hasta el primer piso sin ningún tropezón. Giró la llave y pasamos. Corría adrenalina por mi cuerpo. Estaba vivo, intensamente vivo. María, ¿Qué va a pasar ahora? Quiero darte otro beso y quedarme para siempre prendido a tu boca.

María me arragó del brazo y me arrinconó contra la puerta.

-Esperá. ¿Qué estas haciendo?

-¿Qué?

Me acerqué para darle el mejor de todos mis besos.

-¿Qué haces? - dijo ella.

-¿eh?

-Nada... Que esto está mal.

-Mal porque. - dije.

-Mal, esto está muy mal. Tenes novia.

-¿Qué??- ¿pero que le pasa a esta mina? Pensé para mis adentros mientras me imaginé ahorcando un conejito de pascuas.

- Que tenes novia boludo. La estás re cagando-

-Me estás hablando en serio - dije.

-Si.

Recapacité un segundo. Esto no era una joda.

-Si tengo novia es mi problema.

-También es mío. - dijo ella.

-¿Tuyo? Vos no estás saliendo con ella.

-Pero yo estoy en el medio ahora.

-¿Qué carajo estás diciendo? ¿Te volviste loca? - Ya debería andar por el tercer conejito ahorcado.

-No. Pero alguien tiene que pensar en ella.

-¿Y vos sos la indicada para esto? ¿Que sos? ¿La defensora de los ausentes?

-Si. - dijo María muy determinante.

La conversación se acabó ahí.

Saqué un cigarrillo y me lo puse en la boca mientras la miraba. Me di la vuelta y me senté. Ella se quedó parada. Me levanté y sin despegarle un ojo me fui hasta la heladera. Saqué una lata de cerveza y me la traje para la mesa. Me senté y ella se sentó del otro lado. Estábamos frente a

frente.

Yo tomé.

Ella tomó.

La miré bien fijo y tomé nuevamente. Apoyé la cerveza sobre la mesa. Le quedaba la mitad.

Ella agarró la lata y tomó con furia. Me miró por encima de su nariz un tanto soberbia.

-¿y que vas a hacer? – dijo.

-¿Que voy a hacer con que?

-¿te vas a quedar o te vas a ir?

Miré la cerveza, la levanté y me la llevé a la boca mientras atravesaba sus ojos con una afilada mirada. No dije una palabra. Me concentré en tomar. Liquidé la cerveza. La cosa se estaba poniendo tensa.

María se levantó fue a la heladera y trajo otra. La abrió y comenzó tomando.

Apoyó la lata sobre la mesa e hizo un gesto con su cara.

Levanté la cerveza y tomé.

-¿Y? no me respondiste. –dijo.

Fumé una seca bien larga mientras mi mirada penetrante la aniquilaba. No contesté.

María tomó una vez más y yo continué con el juego. Terminé la cerveza.

-No vas a responder....- dijo ella.

La miré y dije con mi cabeza que no.

Fumé una seca más y me levanté encarando hacia la puerta.

Ella se puso en el medio y se levantó. Dió unos pasos y se abalanzó contra mi. Empezamos a besarnos como dos bestias en celo. Nuestras bocas no daban abasto. Mis manos estaban muy inquietas y buscaban sus orificios. Se sacó el busito rápidamente. Yo la seguí besando, me di la

vuelta y la arrinconé contra el respaldo del sillón del living.

Sus ojos seguían abiertos y emanaban calidez.

Le apoyé el bulto y ella no paraba de moverse estimulándolo y haciéndolo crecer con cada movimiento. Desabroché el cinturón y empecé a bajarme los pantalones. Estaba tan duro y caliente como una barra de metal.

-Eh para... ¿Qué haces? ¿Que haces?

La miré por unos segundos. Sentí mucha ira. En mi mente seguían muriendo conejos. Me agaché, agarré mis pantalones y me los subí de a poco. Era mucho para mí. Me fui caminando hacia atrás perdiendo el equilibrio y cuando levanté la vista miré su cara. Estaba transformada. Tenía la mirada de una leona a punto de cazar a su presa. Caminé unos pasos hacia atrás entrando a su habitación. Tenía miedo. Pero más que miedo desconcierto. Podría pasar cualquier cosa. Ya no sabía que esperar, tal vez una piña, estaba sacada. En ese momento María se hecho unos pasos hacia atrás y vino corriendo hacia mi.

Caímos en su cama. Era buena señal.

Ella estaba desesperada y a mi no me alcanzaba las manos para tocar su cuerpo. Se sacó la ropa como pudo y yo no me quedaba atrás. Se puso encima, corrí su bombacha y la penetré. La cabalgata era intensa. Estaba muy mojada y mi barra de metal se deslizaba perfectamente. Estuvimos un buen rato.

-Dame mas fuerte, más fuerte.

Y le daba con todo gusto.

Nos besamos nuevamente. Dimos unos giros y ella quedó abajo. Abrió las piernas y vi esa cosa jugosa chorreando. Le acomodé las piernas sobre mis hombros y me metí con furia. Le dí duro.

-Ay, ay ayy... Ayy!

-Ayy.... AYY! Ayyy iAyy

-¿Qué te pasa? ¿Te duele? -dije

-Si pero me gusta. No pares, seguí.

Seguí un rato y me cansé. Ella se dio cuenta y se puso de espaldas. Me le puse arriba, le miré el cuerpo y contemplé. Tenía todo en su lugar como lo recordaba. Tanteé un poco ahí abajo con mis dedos y los saqué bien

mojados, hacer eso me excitaba muchísimo.

-Metemela, dale-

Lo hice.

Le dí como un animal poseído, y con cada embestida el deseo de sacarme el malestar se hacía aún más fuerte.

-Ay Lautá, ¡Cómo me gusta!

Yo estaba a punto. Le di tres empujones más.

-Voy acabar.

-Pará .No me acabes adentro.

-No. Claro que no.- dije, me sonreí.

De un movimiento la saqué y le bañé la espalda.

María dio vuelta su cabeza, me miró, agarró la sabana y se limpió con eso.

Yo me eché a un costado, estaba cansado. La cerveza había hecho lo suyo, no acabar tan rápido. Lo increíble había pasado.

Me fui por unos cigarrillos al comedor. Cuando volví María estaba dormida.

#### **4**

Me traté de dormir pero no pude. María roncaba de cansancio. Era gracioso.

Ya era de día y miré el reloj despertador en la mesita de luz, eran las siete y veinticinco. Me invadió una sensación horrible. Me sentía sucio. Nervioso. Quería irme.

La ventana estaba abierta y entraban los primeros rayos de sol. Era desastroso.

Estaba desnudo y quería estar en cualquier otro lugar menos ahí. Cerré los ojos y traté de dormir. Di un par de vueltas. Continué con el quilombo

en la cabeza. Tapé a María con la sábana. Hacía un poco de frío. Ella estaba fundida en el sueño.

De repente me vino la idea de planear mi escape: tenía que encontrar sus llaves. Si, sus llaves, eran mi salvación. Desde la cama pensé en el lugar donde las había dejado. Miré la joggineta gris de María tirada en el piso, no tenía bolsillos. Carajo. Levanté la cabeza haciendo el menor movimiento sin despertar a María y miré hacia la mesa del comedor. No las veía. Decepción. Cerré los ojos y me volteé para dormirme, era imposible. Otra idea cayó en mi cabeza como un yunque: pensé en vestirme, salir del departamento y quedarme en la puerta de calle esperando que alguien entre al edificio, alguna viejita que hace las compras tenía que entrar, pero me vi esperando horas y con el cansancio a cuestas. Lo descarté.

Desde la ventana se escuchaban voces. Eran de una familia. Sus hijos estaban levantados. Hablaban y jugaban a algo, podía escucharlos. Era horrible, me sentía aterrado.

-María, María – le toqué el hombro. - María, ya se hizo tarde, me tengo que ir.

María no daba señales de vida. Había tenido lo suyo y yo no podía con lo mío.

-Dale María, despertate. –

Abrió un ojo y sonrió.

-Tengo sueño.

-María yo también, pero no me puedo dormir, tengo ganas de dormir en mi cama. Esta cama no es muy cómoda.

-En un rato te abro. Dejame dormir, estoy cansada.

-Pero María...

-Relajate y tratá de dormir.

María apoyó su cabeza contra mi pecho, buscó un hueco y siguió durmiendo. Por alguna razón eso me tranquiló, cerré mis ojos y descansé.

## 5

Cuando abrí los ojos y miré el reloj eran las once y diez. Había dormido unas tres horas y media. Lo había logrado, había sobrevivido a esa rara sensación que tenía en el pecho.

María también despertó.

-Hola

-Hola – dije.

-¿Cómo estas?

- Bien, vos. – dije.

-Bien.

María sonreía y noté que María había vuelto a ser María. Era la María que había conocido años atrás, la que resplandecía, la que giraba el mundo y lo ponía patas para arriba; el cambio era radical.

-Estamos desnudos- dijo sonriendo.

-Si, claro que si. - y sonreí.

-¿cogimos?

-Si, ¿no te acordas?

-No- dijo ella.

Mi cara se transformó.

-Mentira, si me acuerdo. –

Nos miramos y nos dimos un beso de buen día luego se recostó sobre mi pecho.

-¿Te sentís bien? - dijo.

-Si.

-Porque soñé que te querías ir. - yo ya conocía a María, me estaba



gastando.

-Si, pero me quedé.

-Hiciste bien.

La conversación concluyó con un beso en el medio de la trucha que María succionó muy despacio. Yo se lo devolví de la misma manera y empecé a recorrer su cuerpo con mis manos, estaba muy suave.

Una cosa llevó a la otra. Bajé directamente a la parte más mojada y empecé a calentarme. Ella hizo lo mismo. Comenzó a agitar su mano izquierda por debajo de la sábana.

-Estoy re caliente – me dijo mirándome directamente a los ojos y subiéndose encima de mí.

La agarré de las caderas y la acomodé. Empezó a moverse muy suave haciendo círculos y lo fue intensificando. Seguido a eso le agarré las tetas y trate de llevarme las dos a mi boca. Pinceleé sus pezones con delicadeza. Era todo muy diferente a la noche anterior, tenía más gracia. Me gustaba mucho. Sabía moverse muy bien. Arriba y abajo. La tome de la cintura e intenté que no se despegue de mi. Me gustaba tenerla bien cerca. Me metió la lengua en la boca y me calentó aún más. María, vos si que sabes...

-Voy a acabar... - dije.

Ella se salió, me tomó por sorpresa y me hizo acabar con su mano izquierda.

El cielo existía. Acabé. Me limpié con la sabana...la miré unos segundos, que más dá pensé.

Me recosté a su lado y estuvimos un rato abrazados. Nos miramos y sonreímos, todo era perfecto.

Me concentré en acariciar su cuerpo, mirar sus pecas en los hombros, recorrerla con la mirada. Su pelo que era de otro color pero tenía lo suyo. Miré su cara, sus ojos, la mirada que existía en mi recuerdo se unió con la de ese momento, era la misma. Amaba esa mirada.

María se apoyó sobre mi pecho y se acurrucó.

-Te escucho el corazón.

-¿Si? – me asusté.

-Bueno menos mal, tenes corazón.

-Hey. – dije- porque decís eso.

-No. Por nada. – dijo.

-Che... Y esa novia tuya... ¿existe?

-¿Por qué me preguntas eso?

-No sé, todo lo que me contaste de ella. No me cierra. Algo no me cierra.

-Todo es verdad.

-Entonces no entiendo por que estás acá.

-No sé, vos me mandaste un mensaje en el momento justo y la hora justa. Decidí venir. Yo creí que íbamos a ir a un bar.

-Ajá, encima de no tener corazón sos un boludo.

-Hey! – Hubo un silencio - Puede ser, pero me jugué y estoy acá.

María me miró desconfiando de todo lo que le decía.

Me empecé a vestir. Me puse los calzoncillos, la remera, los borcegos y me levanté.

Ella me miraba desde la cama como un felino, miraba cada uno de mis movimientos y fruncía la cara. Me dirigí hasta la cocina.

-Claro, claro- gritaba María desde la cama. – claro te vas y me dejás aca como una cosa así toda cogida.

-María, por dios, estoy en calzoncillos.

-Te estas yendo.

-Estoy en calzoncillos, me quiero hacer un té. ¿Vos quieres un té?

-bueno dale. – y gruño.

Puse a calentar la pava. Agarré unas tazas que estaban en la alacena y saqué unos saquitos de te que estaban en un cajón debajo de la mesada.

El agua hirvió.

Fui con las dos tazas hasta la cama y tomamos el té.

-Boludo, no me había dado cuenta, son como las doce del mediodía.

Miré el reloj de la mesita de luz.

-Si,

-Yo a la una tengo que estar almorzando con mis viejos.

Me fui a la cocina y me serví un poco más de té.

-No voy a llegar. – dijo mientras se tocaba la panza. – Encima creo que me siento mal.

-¿Quieres que te traiga un analgésico? Te compro uno en el kiosko.

-No. Gracias.

Tomé un poco más de té mientras María se empezaba a vestir.

-Te imaginas vos yendo a comer a los de mis viejos.

-¿Qué?

-No nada...están todos los que vos conoces. Mis viejos, mis hermanos.

-Ah tus hermanos, si, me caían bien.

-Si a ellos también les caías bien.

-¿Y a que viene todo esto?

-No.... No.... Nada... una pelotudez... - dijo mientras terminaba de ponerse la remera.

-¿Te vas a poner esa remera toda rota?

-¿Qué tiene esta remera? ¿Es mi remera punk te acordas?

-Si, estaba más nueva en ese entonces.

María miró al piso.

-Si tenés razón - dijo –Mejor me la cambio, hace mucho tiempo que no los veo. - Se fue hasta el armario y saco una remera mas nueva. Yo me

saqué los borcegos, me puse los pantalones y me volví a poner los borcegos.

María se sentó en la cama y se desarmó.

-¿estas bien María? -¿Te pasa algo?

-No sé. Me siento muy mal, muy débil.

Tenía la mirada desencajada.

-Dejame un ratito acá y ahora te bajo a abrir.

La miré un rato. De repente tenía un aspecto horrible. Estaba blanca. Me fui a la cocina, abrí la heladera y saqué una botella de agua. La serví en un vaso y se la llevé al dormitorio. María se reincorporó de apoco, tomo el agua y empezó a tomar color.

-El te, el te a veces te revuelve el estómago, creo que fue eso.

-Si, "claro, el té" – dije.

-Si, aunque anoche tomé demasiado, nunca hago estas cosas – No le creí.

Nos miramos y echó una sonrisa de costado. Luego miró el reloj.

-Vamos que te abro. - dijo.

Por un instante contemplé la casa, sabía que nunca más iba a estar en ese lugar.

Bajamos, nos quedamos unos minutos en la puerta de calle. Nos despedimos. La abracé muy fuerte y nos dimos un beso muy suave. Me alejé unos centímetros y volví por su boca nuevamente. Ella estaba muy débil pero respondía los besos con la misma intensidad. La retuve en mis brazos y la miré por última vez. Tenía una mirada gastada por el exceso... me dio mala impresión. No quería soltarla y ella tampoco hasta que el tiempo abrió los brazos.

-María, ¿Qué vas a hacer esta semana? – dije.

-No sé. No tengo nada planeado. – dijo.

-¿Podemos ir al cine? ¿Quieres?

-Si, estaría bueno. Llámame en estos días, por ahí nos vemos.

Me alejé con una sonrisa mirando hacía atrás pensando en que la volvería a ver y ella cerró la puerta diciendo adiós.

Y como escribió Edgar Allan Poe: "Y el cuervo dijo: nunca más."